

El caso de Cuba

(2.—Véase el número 3 del tomo en curso)

EL fracaso cubano—moral, espiritual, económico—plantea a la América, a la que va desde el Río Grande hasta el polo Sur, y también a la que está al Norte, un problema de amplia trascendencia. ¿Ha llegado el pueblo de la isla antillana a la dolorosa situación presente porque nunca sus pobladores poseyeron las virtudes, las capacidades, para liquidar los vicios del coloniaje español y para disolver el impacto del poderío económico yanqui? ¿O, ante una dura, inexorable fatalidad histórica, en la órbita de una fuerza capitalista en marcha avasalladora, fué el destino de Cuba caer para no levantarse?

Si damos paso a la fatalidad histórica, económica, estamos condenando—previamente—a toda Hispanoamérica, donde en mayor o menor tamaño se está mostrando la realidad que ha llevado a la República Cubana a la postración de ahora.

Y negando la fuerza del heroísmo, del desinterés, de la limpieza de pensamiento y de acción que caracterizaron al cubano durante el siglo en que, por defender su derecho a la vida, se desangró entre las bayonetas de España.

El ánimo quiere resistirse, creerse engañado ante la pérdida definitiva de un pueblo de tan bello pasado. Y quiere sobrenadar, en la tormenta que abate los valores esenciales, el idealismo que situó el éxito y la vida—en la prédica de José Martí—en el ímpetu cordial, en la acción de un grupo de espíritus egregios. Pero la fuerza del corazón y de la conciencia que, por la propia palabra de Martí hizo la República, parece impotente ante el naufragio. Y en lo íntimo de los cubanos mejores quiere vivir, sin sustentáculo lógico, la fe en un mañana lejano, puro, como hecho con el dolor de hoy.

El espectáculo dá poco espacio a la esperanza. La bota del yanqui en el Ingenio, en el Banco, en el Palacio Presidencial. La bota del Presidente Machado sobre todas las espaldas. Ya nadie ignora que vive Cuba—en lo interior—una dictadura de tipo netamente hispanoamericano más parecida a la de Venezuela—aunque, hasta ahora, no tan sangrienta,—que a la del Perú. Todos los poderes en una mano campesina que sostiene, como la del viejo rey, el pan y el palo. Un Congreso respetuoso, obediente, sumiso a la mano rectora que concede la *colecturía* y tasa equitativamente el precio de la incondicionalidad. Un poder judicial que mira a la mano-providencia antes de confeccionar la razón de los litigantes. Un ejército mimado, adulado por el Jefe Único, con dietas increíbles y Generales de consignaciones y conciencias anchísimas.

La mano omnipotente es dócil y humilde para el gesto del Norte. Recoge el fruto para el dueño extranjero. Siempre entre los dedos—habitados a apretar—queda lo que hace falta para el boato imperatorio y los genizaros numerosos.

¿Y los políticos, y los intelectuales, y

el pueblo? Los políticos—fauna similar, idéntica a la de Caracas—se debaten entre el temor a la mano guajira—muy dura en su venganza—y su voracidad un poco puesta a raya por el Dictador que toma demasiado para sí. ¿Excepciones? Pocas y heroicas: el grupo honesto y desorientado que se mantiene junto a la bandera del Partido Nacionalista. Los intelectuales—también de filiación caraqueña—inciensan al mandón y le adelantan fórmulas y caminos dialécticos. También excepciones raras y admirables. En lo alto, como siempre, Enrique José Varona, ciudadano de América. Y grupos juveniles de muy fina y alerta cultura, de notoria inconformidad con lo presente pero sin resonancia en las masas y sin definido pensamiento político.

Ismael Pérez Amunátegui

(Envío del autor)

Todavía más sobre Rockefeller

(Envío del autor)

UN amigo colombiano me decía que en los cabildos municipales de su país ocurre muy amenudo que después de dos o tres horas de reñido debate nadie sabe lo que se discute. Para que no pase lo mismo entre Don Juan del Camino y yo conviene que digamos primero lo que está en discusión: si los métodos originarios de la Standard Oil o la aserción de que Rockefeller es un galeote de la Fortuna comido de la sordidez y del remordimiento.

He leído de nuevo mi artículo a ver si contenía algo que pudiera considerarse como una apología de los procedimientos del famoso Trust, pero no encuentro más frase que ésta: *Algunos apuntaron falta entonces a tal o cual método de lucha. Ida Tarbell, entre otros, escribió un libro para probar que los orígenes de la Standard Oil no habían sido sin pecado y que el mundo de los negocios no era el paraíso de los justos.* Nadie puede por estas palabras acusarme de tomar partido en un asunto de que no me siento bastante informado para pasar juicio. Superficiales y todo como son mis conocimientos en esta materia no lo son tanto que no me dé cuenta de su complejidad y de lo difícil de juzgarla justicieramente. Juicios formados sin oír más que la parte acusadora y sin considerar todos los antecedentes, circunstancias y resultados, me inspiran siempre recelo. Hay peligro así de ser injusto, no sólo con Rockefeller y con los demás grandes capitanes de la industria, sino con muchos otros hombres que han excedido la medida ordinaria en la política, la guerra, las letras, u otras actividades. Con un criterio simplista Bismarck resulta un bribón y Napoleón I un bandido.

Don Juan del Camino no participa, según veo, de tales inquietudes ni abriga ninguna duda de la suficiencia, la exac-

¿El pueblo? Con la conciencia de su fracaso, sabiéndose traicionado dentro y fuera de su suelo y sufriendo la miseria que la imprevisión y el egoísmo de sus gobernantes han echado sobre él. Sabiendo que al menor gesto se probarán en su carne los aviones y las ametralladoras relucientes. Temiendo—en trágica agonía—que la dilapidación y locura de sus directores oficiales puedan traer la pérdida de la personalidad nacional y que también pueda traerla la rebeldía a que la desesperación puede llevarlo.

¿Cómo pueblo de tan puras y fuertes cualidades ha llegado a esto? ¿No se abre paso ninguna luz en este cuadro negro? Trataremos de contestar estas dos graves interrogaciones en el artículo próximo. En tanto, medite toda la América española en el caso desventurado de la República Cubana.

titud, la verdad de sus informaciones. Su fallo es pues fulminante e inapelable y seguramente cuenta con el asentimiento general. Los millonarios, sobre todo los millonarios yanquis, no son entre nosotros populares, ni nada me sorprendería si alguno de los lectores de Don Juan, no contento aún de todo lo que en su artículo se dice contra Rockefeller, le dijera lo que la señora aquella que, después de oír a Jules Lemaitre llamar en una conferencia al pobre Juan Jacobo vagabundo, vicioso, ladrón, simulador, hipócrita, visionario, etc., le dijo: «Monsieur, vous n'avez pas été assez injuste».

Don Juan, sin embargo, no se ha quedado corto en eso de cargarle la mano al Solitario de Pocantico. Con decir que lo acusa hasta de haber eliminado del negocio a los hermanos Clark (cuando todos sabemos que fueron ellos quienes compraron a Rockefeller sus acciones en la sociedad original), y de haber concebido el sombrío proyecto de conducir el aceite crudo por medio de tuberías en vez de barriles. Ciertamente que este modo de acarreo, que ni siquiera fué invención de John D. sino de un tal Samuel Van Syckle, causó gran disgusto a los *teamsters*, quienes llegaron en ocasiones hasta a tratar de destruir los tubos; pero culpar a la Standard Oil por haberlo impuesto es tanto como culpar a los ferrocarriles porque han destruido a las antiguas diligencias. La tubería era y es el único sistema capaz de hacer frente a la producción de los pozos y de eliminar absolutamente el desperdicio que se observaba antes. Por otra parte, los *teamsters*, como observa F. A. Talbot en su libro *The Oil Conquest of the World*, considerándose dueños de la situación, imponían tarifas opresivas por sus servicios, además de que el procedimiento